



PEDAZO DE TIERRA Y MAR

Recuerdo mirarla mientras lloraba, de rodillas en la alfombra, frente a una vela que cambiaba de color según el ángel al cual estuviese encomendada ese día. El pum-pum de mi corazón sonaba tan fuerte en mis oídos que temía que ella lo escuchara. De pronto, mis latidos no se escucharon más, el sonido de una llamada telefónica tomó su lugar. Ella dejó de llorar. “¡Chicas el papá!” dijo antes de responderlo. Y mi mente se desconectó.

Solo puedo sentir un pitido en mi oreja, como si algo hubiese explotado muy cerca de mí. Y mientras mi mamá se tapa la boca con las manos, yo solo puedo pensar en la playa que tanto odio y extraño. En que desearía poder estar allí en vez que aquí, encerrada y contagiada. Solo puedo pensar en que me disgusta la arena en mi ropa y en que aborrezco el olor a mariscos que me deja en el pelo. Solo puedo pensar en la playa y en cómo no soportaba la idea de ir allí con mi familia cuando aún estábamos juntos. Cuando él aún estaba aquí.

Y en el momento en que los doctores le avisaron a mi mamá que él podía morir, en que de hecho ya había muerto por 30 segundos, pero que seguía grave, me fui.

Me fui a la playa y le hablé. Le grité por horas a ese pedazo de tierra y mar, lleno de tubos y de cables por todos lados. Porque lo amaba y se estaba destruyendo poco a poco en mi memoria. Porque lo detestaba con toda mi alma por hacerme quererlo incluso con sus defectos. Porque mi trozo de arena pegada a las piernas y olor a mar en la piel se murió por 30 segundos, y sabía que en cualquier momento esa arena ya no me rasparía los pies.

Ahora, cuando voy a la playa, ya no puedo encontrarte.

Matilda Guzmán Arismendi.

3ro medio "C".

Colegio San Ignacio Concepción.



TORMENTA EN RETIRADA

El temporal al fin estaba terminando, aunque aún era posible sentir el agudo chirrido del viejo columpio que la noche anterior había sido derribado y que ahora yacía en la entrada de la casa. Hace tiempo no llovía así por estos lados.

Juguetes botados, ropa en el sillón, cuentos y lápices en el piso y un pequeño bulto inmóvil en el sofá. Corto al fin la llamada, apago el parlante y bajo las escaleras como puedo, afirmándome de las paredes y de la baranda. El mareo y la dificultad para respirar ya van cesando, pero se me acelera el corazón, cuando mi instinto me guía hacia la sala. En medio del desorden busco y remuevo juguetes, muñecas, galletas a medio abrir, una frazadita, uno que otro peluche y varios cojines. Ahí encuentro a la pequeña agarrada de su tuto y del borde cuelga su cuento favorito. Dormida, aún suspira, conservando la mueca que quedó en su diminuto rostro como resultado del largo llanto que hace unos minutos se apoderaba del primer piso de la casa, donde hace semanas gobierna un completo caos.

Miro el piso y, de pronto, siento un tanto lejano el sonido del timbre. Me incorporo rápidamente tomo mi computadora, mi estuche, mi bolso y mi plumón y siento un enorme alivio. Me consuela recordar que la pequeña ha regresado al jardín. Una leve brisa me seca los ojos llorosos al abrir la puerta. Respiro profundo y emprendo camino, reconfortada. Al fin conoceré el rostro de mis estudiantes.

Alejandra Cecilia Oyarce Orrego.
Docente Colegio San Ignacio de
Concepción.